

## FAMILIA Y POBLACIÓN EN EUROPA

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Salustiano del CAMPO URBANO\*

Aunque sea un lugar común que las mejores previsiones demográficas también fallan, el grado de acierto de las mundiales y regionales realizadas después de la Segunda Guerra Mundial no puede ser peor, incluso si se reconoce la excelencia de la metodología utilizada en la mayoría de los casos. A veces sorprende por ello el pronto descarte de algunas que, aún habiendo errado, se apoyaban en supuestos que al formularse eran plausibles y luego han resultado válidos en general, como el descenso de la natalidad a causa de la universalización del uso de los anticonceptivos, que sirvió de fundamento a la publicada por Bogue y Tsui en 1978<sup>1</sup>.

Ni siquiera estos autores, sin embargo, anticiparon los profundos cambios acontecidos en las últimas décadas en cuanto a la fecundidad y a la nupcialidad en los países desarrollados, que superan en intensidad y rapidez a los de esos mismos y otros procesos demográficos a lo largo de varios siglos. La teoría de la transición demográfica establece, como es sabido, que tras la fase explosiva de crecimiento se entra en una de reequilibrio de la natalidad y de la mortalidad, aunque a nivel bajo. Y eso parecía que estaba pasando, excepción hecha del *baby boom* de la postguerra, hasta que en Europa la natalidad se desplomó en los años finales de la década de los sesenta, según se registra en diversos estudios demográficos que permiten adelantar mucho las previsiones acerca del crecimiento cero en esta región del planeta.

---

\* Sesión del día 4 de octubre de 1994.

<sup>1</sup> A. Ong Tsui y D. J. Bogue: *Declining World Fertility: Trends, Causes, Implications*. Population Reference Bureau, vol. 33, núm. 4, Octubre 1978.

Si bien carecemos todavía de una explicación satisfactoria sobre no pocos de los cambios a los que me voy a referir aquí, cabe afirmar dos cosas: una, que es preciso para entenderlos su agrupación en torno a las variables demográficas básicas —natalidad, mortalidad y migración— y otra, que ha de tenerse en cuenta también la evolución de la familia en la misma etapa, dado el papel mediador que a esta institución le corresponde entre el individuo y la sociedad. Huelga añadir, además, que al considerar a la familia hay que examinar los valores y el sistema social general, porque de él y de sus desequilibrios proceden transformaciones que no pueden explicarse de un modo aislado. Finalmente, estimo que para completar este texto será oportuno aventurar algunas líneas de tendencia para el futuro, porque en él nos va mucho a quienes hoy vivimos en el continente europeo y, específicamente, en esa parte de él que se llama España, donde a su vez están aconteciendo a enorme velocidad cosas sin precedentes.

## ALGUNOS DATOS DEMOGRÁFICOS

Las publicaciones internacionales como el *Anuario Demográfico* de Naciones Unidas, el *Retrato Social de Europa* de la UE y otras de diversas organizaciones, entre las que se puede citar al Consejo de Europa, coinciden en mostrar el perfil de una situación europea que, aunque se centra en las variables demográficas básicas, gira principalmente alrededor de la fecundidad y de cuanto con ella se relaciona.

1. *Fecundidad*.—Antes de la Segunda Guerra Mundial se distinguían claramente la baja fecundidad de los países nórdicos y occidentales de Europa (entre 1,8 y 2,4 hijos por mujer) y la elevada de los meridionales (entre 2,5 y 4), lo cual no equivale a desconocer que existían también diferencias internas en ambos grupos de países. Las excepciones en el primero correspondían entonces a Irlanda, Islandia y los Países Bajos, mientras que los Estados de Europa Central ocupaban un lugar intermedio<sup>2</sup>.

Como observa Louis Roussel, en 1965 la sustitución de las generaciones estaba prácticamente asegurada en casi todos los países industrializados, que por otra parte habían igualado bastante sus fecundidades respectivas<sup>3</sup>. Actualmente tampoco hay grandes diferencias entre ellos en este particular, pero lo nuevo respecto a la situación anterior es que la homogeneidad se da a un nivel muy bajo.

---

<sup>2</sup> Consejo de Europa: *Recent demographic developments in Europe and North America, 1992*, Council of Europe Press, Estrasburgo, 1993, p.23.

<sup>3</sup> Louis Roussel: «Deux décennies de mutations démographiques (1965-1985) dans les pays industrialisés», *Population*, vol. 42, núm. 3, mayo-junio 1987, pp. 430-431.

Así, el número de hijos por mujer según la última *World Population Data Sheet* era en 1993 de 1,6 en Europa Septentrional de 1,5 en Europa Occidental de 1,6 en Europa Oriental y de 1,4 —la cifra más baja de todas— en Europa Meridional. En el Continente sólo superan o igualan ahora los 2,1 hijos por mujer Islandia, Irlanda, Moldavia y Albania. Este último país ostenta la marca superior (3 hijos por mujer) y nosotros la inferior (1,2).

2. *Pirámide de edades*.—La principal consecuencia de tan drástico cambio es la alteración del viejo equilibrio entre los grandes grupos de edades de la población, con el cual desde luego también tiene que ver la estabilización de la baja mortalidad alcanzada desde mediados de siglo. La tasa bruta europea sigue oscilando entre 9 y 11 fallecidos por 1.000 habitantes y la esperanza de vida al nacer, que está en 73 años para ambos sexos, alcanza los 76 años de promedio en Europa Septentrional, en Europa Occidental y en Europa Meridional.

El nuestro es hoy, sin discusión, un continente envejecido, en el cual el grupo de personas de menos de quince años abarca el 20 por ciento del total y el de los que han cumplido los 65 años el 13 por ciento. En su interior, las subregiones más envejecidas son Europa Septentrional y Europa Occidental, donde los mayores de 65 años llegan al 15 por ciento y, por países, Suecia está a la cabeza con el 18 por ciento.

3. *Modelos matrimoniales*.—Por otro lado, no se trata solamente de que el número de casamientos haya descendido en casi todos los países del Consejo de Europa, sino también y sobre todo de que han tomado carta de naturaleza otros modelos de convivencia familiar o parafamiliar, como las uniones consensuales, las familias monoparentales y los hogares unipersonales. En cuanto a lo primero, baste consignar que la tasa bruta de nupcialidad para estos veinte países, en 1970, iba desde el máximo de 9,5 en Holanda al mínimo de 5,4 en Suecia, mientras que en 1991 oscilaba entre 7,3 en Portugal y 4,2 en Suecia.

Los matrimonios son así menos numerosos en la actualidad y además más frágiles, al haber aumentado considerablemente las tasas de divorcio, que se han multiplicado entre 1970 y 1991 por 1,3 en Dinamarca; por 1,4 en la antigua República Federal Alemana y en Suecia; por 1,5 en Austria; por 2 en Finlandia y Suiza; por 2,4 en Holanda; por 2,6 en Noruega y en el Reino Unido; por 3 en Bélgica y por 10 en Portugal. A su lado se dan también rupturas en las llamadas uniones consensuales o parejas estables no casadas, aunque su cantidad ni siquiera puede estimarse con garantía.

Por otra parte, circa 1980-1981, el 22,3 por ciento de todos los hogares europeos constaban de una sola persona, que en el 49,8 por ciento de los casos tenía

---

<sup>4</sup> 1994 *World Population Data Sheet*, Population Reference Bureau, Abril 1994.

más de 65 años y en el 40 era mujer<sup>5</sup>. Este hecho, que también es reciente en el panorama europeo, encuentra sus causas en el envejecimiento de la población por supuesto, en el aumento del divorcio y en menor grado en la viudez.

4. *Estructura de los hogares*.—Roussel<sup>6</sup> estima que ya a principios de los años ochenta casi el 90 por ciento de los suecos que no estaban casados hacían vida marital estable y lo mismo sucedía con el 80 por ciento de los daneses, el 57 por ciento de los franceses y el 55 por ciento de los noruegos. La cohabitación prenupcial caracteriza así a una buena parte de la juventud europea actual, si bien diversos estudios revelan que regionalmente los países nórdicos van en esto por delante, los meridionales a la cola y los occidentales se sitúan en una posición intermedia.

Consecuencia del nuevo estilo de vida es, sin duda, el aumento de los hijos nacidos de mujeres no casadas, que entre 1970 y 1991 han pasado porcentualmente en Austria del 12,8 al 24,8 de todos los nacimientos; en Dinamarca del 11,0 al 46,4; en Finlandia del 5,8 al 25,2; en Francia del 6,8 al 30,1; en Irlanda del 2,7 al 14,5; en Holanda del 2,1 al 12,0; en Noruega del 6,9 al 40,9; en Suecia del 18,4 al 48,2 y en el Reino Unido del 8,0 al 29,6. Intencionadamente he dejado para el final la mención de los países del Sur de Europa, donde los porcentajes de 1990, que son bastante inferiores, oscilan entre el 15,6 de Portugal y el 6,6 de Italia, siendo en torno a 10 el correspondiente a España.

Los datos anteriores, sin embargo, merecen apostillarse. Como mínimo cabe apuntar la paradoja que representa que la que hace treinta años era una pauta reproductora propia de los países del Mar Caribe y de Centroamérica, así como de algunas regiones pobres y atrasadas dentro de ciertos Estados, haya pasado a ser una característica de la filiación en los países escandinavos y en otros también industrializados. La explicación de este fenómeno puede hallarse, aunque solamente sea en parte, en la desaparición del estigma de ilegitimidad que acompañaba en otros tiempos a los nacimientos pre o extramatrimoniales acarreándoles perjuicios y discriminaciones económicas y en la innecesariedad de las obligaciones y asistenciales de los hijos para con los padres en el Estado de Bienestar. Pero esto solo no basta para dar razón de la proliferación de las familias monoparentales, que por otra parte constituyen uno de los más serios problemas para la política familiar de Europa, a causa de que frecuentemente su jefe es una mujer que, o ha salido malparada de un divorcio o, en el caso de que sea soltera, encuentra grandes impedimentos en su hijo o hijos para abrirse camino profesionalmente.

---

<sup>5</sup> Eurostat: *Retrato social de Europa*, Luxemburgo 1991, p. 23.

<sup>6</sup> Louis Roussel: «La famille en Europe Occidentale: Divergences et convergences», *Population*, 1, 1992, pp. 133-152.

Lo que todo lo anterior implica es que el modelo de familia nuclear estable, que era el predominante en Europa al acabar la Segunda Guerra Mundial, lo sigue siendo pero en menor escala. Los hogares unifamiliares abarcan ahora más del 80 por ciento en España y entre el 70 y el 80 en Bélgica, Francia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Holanda, Portugal y el Reino Unido, pero lo característico es que junto con la familia nuclear conviven otros modelos que incluso evocan a su modo lo que fue la familia extensa, como sucede con las familias recompuestas a partir de uno o varios divorcios. De acuerdo con lo que dice Roussel, entre 1965 y 1985 los hogares constituídos por el matrimonio y los hijos disminuyeron del 40 al 28 por ciento en los Estados Unidos, del 37 al 25 por ciento en Suecia y del 45 al 39 por ciento en Francia<sup>7</sup>.

5. *Inmigración*.—Conviene no olvidar aquí que Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se ha convertido en un continente que acoge inmigrantes. Ellos contribuyeron de una manera decisiva a reconstruir las ciudades devastadas por los bombardeos y las batallas y más tarde a levantar las economías de los países vencidos y vencedores, asentándose en ellos de modo estable y componiendo sus actuales sociedades multirraciales y multiculturales. En 1990 el 16,3 por ciento de la población suiza eran inmigrados y tenían contingentes superiores al 5 por ciento Bélgica (9,1), Alemania (8,2), Francia (6,3), Suecia (5,6) y Austria (5,3) y entre el 3 y el 5, Holanda (4,6), Noruega (3,4), Reino Unido (3,3) y Dinamarca (3,1).

En el conjunto formado por Alemania, Francia, Reino Unido, Suiza y Bélgica, había en 1990 dos millones de turcos, un millón y medio de italianos, ochocientos cuarenta y cinco mil yugoslavos, ochocientos dieciseis mil portugueses, setecientos veintisiete mil marroquíes, seiscientos treinta y ocho mil irlandeses, seiscientos veinte mil argelinos y quinientos veinte mil españoles. En la década 1980-1990 los incentivos a la repatriación consiguieron la reducción de los colectivos de yugoslavos, italianos y españoles, pero los turcos se mantuvieron. La consecuencia de este amplio proceso, ahora estancado, ha sido la conversión del mosaico europeo en un «melting pot» a la americana.

## UNA EXPLICACIÓN SOCIOLÓGICA

La imprevista evolución demográfica descrita antes requiere una explicación que difícilmente se puede referir con exclusividad a las variables demográficas. Para llegar a alguna conclusión es preciso ligarlas con otras sociales mediante el examen de la única institución que es capaz de dar cuenta no solamente del pa-

---

<sup>7</sup> Louis Roussel, «Deux déoennies...», *op. cit.*, p. 435.

ralelismo sino también de la congruencia entre los cambios, sin olvidar que estos se han trasladado inveteradamente desde el Norte hacia el Sur del Continente.

Sin duda, lo más trascendental de cuanto ha sucedido es el descenso de la natalidad, que recoge y compendia una gran variedad de transformaciones, entre las que sobresale la de la estructura familiar. A juicio de Caldwell, Stiehr, Modell y Del Campo<sup>8</sup> en el descenso de la fecundidad confluyen entre otros factores la reducción de la nupcialidad, el creciente empleo de las mujeres, la mayor aceptación del aborto y de la esterilización y el alargamiento de la escolaridad. Las curvas de los indicadores más significativos —tasa de nupcialidad, tasa de divorcio, coeficiente de nacimientos ilegítimos y edad al contraer el primer matrimonio— se han movido todas en la dirección de bajar la fecundidad.

Las mujeres casadas siguen teniendo una tasa de fecundidad bastante más elevada que la de las solteras o viudas, a pesar del singular aumento de la de estas últimas. A su vez, el crecimiento del empleo femenino ha variado en dirección contraria a la natalidad, siendo obvia la vinculación entre ambas tendencias aunque se desconozca el mecanismo que las rige. La diferencia más importante que cabe apreciar entre los viejos comportamientos y los nuevos tiene que ver con que ahora las mujeres, tengan dos hijos como en Francia o uno como en España y Alemania, ya no abandonan su trabajo para dar a luz y ello hace innecesario el regreso, que antes se producía cuando los hijos entraban en el sistema educativo.

A esos cambios y a otros, como la proliferación de guarderías, les ha acompañado una rápida modificación de las normas de conducta, que es simplemente consecuencia de los nuevos valores. En los años cincuenta la inmensa mayoría de los europeos era de la opinión de que las mujeres no debían trabajar fuera del hogar, salvo por una seria necesidad económica y solamente una minoría era partidaria de la libre elección por la mujer entre trabajar y dedicarse a las tareas del hogar. Hoy sucede lo contrario y, además, la mayoría de la población está de acuerdo en principio con que el marido y la mujer se repartan los trabajos domésticos, si bien los estudios empíricos demuestran que en realidad los hombres ayudan en casa tan solo un poco más de lo que lo hacían hasta ahora.

Por si todo esto fuera poco, no es posible explicar la reducción de la natalidad por la aplicación de una determinada política familiar. De hecho, Francia es pronatalista, mientras que el resto de los países comunitarios o no tienen ninguna o es antinatalista. En fin, que se mire por donde se mire sigue siendo un gran misterio para las Ciencias Sociales el por qué las parejas deciden engendrar hi-

---

<sup>8</sup> Cfr. Gary Caldwell, Karin Stiehr, John Modell y Salustiano Del Campo: «Three Levels of Low Fertility», en Simon Langlois (Ed.): *Convergence or Divergence?. Comparing Recent Social Trends in Industrial Societies*, McGill-Queen's University Press/Campus Verlag, 1995.

jos, no hacerlo o tener solamente uno. Para intentar desentrañarlo se han utilizado diversas teorías, de las cuales expondré a continuación algunas.

1. *La hipótesis de Easterlin.*—En el modelo de oferta-demanda de este economista, la decisión sobre la fecundidad comprende dos elecciones: el tamaño de la familia que se desea y la evaluación coste-beneficio de este objetivo en comparación con otros estilos de vida al alcance de la pareja. El equilibrio reproductor se regula así internamente y en cada generación. La fecundidad se ajusta al volumen de población existente y muy en especial al de la población activa. La baja fecundidad aparece ligada a la percepción de un lleno social de adultos y la alta fecundidad a la de un vacío y la respuesta a tales estados se alterna cíclicamente<sup>9</sup>. Este planteamiento es el que condujo a Easterlin a predecir equivocándose que hacia 1975 se produciría un aumento de la fecundidad y a otros autores a señalar el mismo vuelco para sus países<sup>10</sup>.

2. *La causalidad exógena.*—A diferencia del economicismo de Easterlin, Louis Roussel<sup>11</sup> busca apoyo para su explicación en la existencia de tres condiciones nuevas y externas a la familia. La primera es el control casi infalible de la reproducción que hacen posible las modernas técnicas a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Las parejas ajustan su comportamiento a este dominio que se residencia de modo casi exclusivo en la mujer, la cual adquiere conciencia de su importancia. La segunda es el acceso masivo a los puestos de trabajo, que se abren a las mujeres con independencia de su estado civil y que al otorgarles autonomía económica equilibra su situación dentro de la familia.

A estos hechos les acompañan múltiples reformas legislativas que proclaman y defienden la igualdad entre los esposos y, lo que es todavía más importante, deciden el repliegue de los poderes públicos ante el valor supremo de una relación privada en la cual se niegan a intervenir, salvo en casos de extrema gravedad. Incluso cabe recordar que, al menos temporalmente, se conceden a las parejas de hecho y a las madres solteras ayudas y privilegios legales.

Esta es la vía a través de la cual se instala la baja fecundidad en Europa y la que hay que tener en cuenta si se desea una restauración, siquiera sea parcial, de la situación anterior. Por supuesto que no faltan argumentos en contra de los efectos mencionados, pero lo que más sirve en este momento a mis propósitos es destacar algo diferente y capital: la emergencia en nuestras sociedades de una nueva figura ideal de mujer. El acontecimiento tiene una enorme trascendencia, porque la mitad de la humanidad se recoloca en términos sociales y familiares y anula la

---

<sup>9</sup> Ver Richard A. Easterlin: «The economics and sociology of fertility: a Synthesis», en Charles Tilly (Ed.): *Historical Studies of Changing Fertility*, Princeton University Press, Princeton, 1978.

<sup>10</sup> Enrique Gil Calvo: «La tendencia futura del paro y la fecundidad», REIS, 27 (1984), pp. 61-77.

<sup>11</sup> Louis Roussel, «Deux décennies...», *op. cit.*, pp. 440-442.

jerarquía de los sexos que, aunque no siempre de la misma forma, ha sido reconocida y respetada en todas las etapas de la evolución social.

A partir de ahora ya únicamente se predica un rol indistinto para el hombre y para la mujer y la institución familiar, que estaba basada en la existencia de dos, se convierte en una mera formalidad, se desinstitucionaliza. No hay ya normas válidas que se sustenten en la tradición porque el principio de igualdad absoluta las arrasa, sino que en la relación de pareja pasan a predominar la afectividad y la convergencia de los deseos y de los intereses personales.

La coincidencia del inicio de este proceso con el advenimiento a la vida adulta de las generaciones nacidas al final o después de la Segunda Guerra Mundial —que observa Roussel— tiene, a mi parecer, menos utilidad explicativa. El cambio de actitudes de esta generación no se limita a la familia, sino que se extiende al rechazo de cualquier institución y a la reivindicación a ultranza de la espontaneidad.

3. *La lucha entre los sexos.*—Pero volvamos a la relación entre hombres y mujeres, al enfrentamiento más duradero de nuestra especie, cuyo último capítulo abarca el profundo cambio que tan acertadamente ha descrito Roussel. Si su análisis en cuanto a la fecundidad se prolonga como lo ha hecho Louis Dirn<sup>12</sup>, la clave se localiza en el tercer hijo, porque los dos primeros nacimientos no cambian demasiado el status profesional de la mujer. «No es, escribe el autor, el trabajo el que impulsa a no tener más de dos hijos, sino el número de hijos deseados el que empuja a la mujer a elegir entre conservar su empleo o dejarlo, ya que entre las parejas cuyo proyecto consiste en tener más de dos hijos la mujer abandona su empleo al nacer el primero». La alternativa real hoy es, pues, la de elegir entre dos modelos: dos salarios y dos hijos o un salario y tres o más hijos.

Pero aquí no acaba todo. Hay otra dimensión que se vislumbra en la recuperación limitada de la natalidad en los países nórdicos, que es donde más se ha conseguido dentro de Europa la igualdad amplia entre los sexos, aunque persistan algunas discriminaciones laborales<sup>13</sup>. En ellos se admite una gran autonomía de la mujer en la vida cotidiana y están más equiparados los sexos en el trabajo, mientras que en los países del Sur de Europa los roles femeninos están aún muy diferenciados de los masculinos y asignan a las mujeres a posiciones inferiores. Como recuerda Michel Forsé<sup>14</sup>, una encuesta de las Comunidades Europeas realizada en 1983<sup>15</sup> muestra que el lugar de las mujeres no es un problema impor-

---

<sup>12</sup> Louis Dirn: «Chronique des tendances de la société française», *Observations et diagnostics économiques*, 2, Abril 1991, pp. 52-55.

<sup>13</sup> Françoise Coré: «Women and the Restructuring of Employment», *OCDE Observer*, Febrero-Marzo 1994.

<sup>14</sup> Michel Forsé: «Convergences et diversités des sociétés européennes occidentales», *Observations et diagnostics économiques*, 30, enero 1990, pp. 69-72.

<sup>15</sup> Comunidad Europea: *Femmes et hommes d'Europe, Faits et opinions*, Bruselas, 1983.

tante en el Norte de Europa, pero sigue siendo objeto de debate en Italia, Grecia y Francia, donde como en España más de la mitad de las mujeres inactivas desearía trabajar y considera una «privación» no poder hacerlo, mientras que el porcentaje correspondiente baja al 20 en Dinamarca, lo que nos permite pensar que «en Escandinavia la inactividad profesional responde a una elección de modo de vida» y no es una condición que la mujer tiene que aceptar forzosamente.

Lo que esta consideración sugiere es que tal vez el final de la lucha entre los sexos, es decir la reducción a uno solo de los roles de hombres y mujeres o al menos su acercamiento, puede traernos el remonte de la fecundidad hasta la tasa de sustitución de las generaciones que tanto se echa de menos en Europa. Indudablemente, la decisión sobre el número de hijos a tener implica entender al mismo tiempo lo que el hombre y la mujer significan el uno para el otro, cómo se entienden a sí mismos y cómo desean presentarse ante el mundo. La comprensión del comportamiento reproductor trae consigo un cambio en la noción de masculinidad y también en la de feminidad<sup>16</sup>. En algún sentido la nueva situación nos recuerda el asunto de la vieja y sugerente comedia de Aristófanes, *Lisístrata*, pero con motivos distintos y disponiendo las mujeres de anticonceptivos modernos.

4. *La segunda transición demográfica.*—La teoría de la transición demográfica ha proporcionado a los científicos sociales la visión más completa de los fenómenos que trata de entender y explicar. Unas veces se usa como modelo histórico, otras como instrumento para la predicción y las más como un simple procedimiento descriptivo. Lo capital es que, pese a las múltiples críticas que se le han formulado, sigue siendo útil y estando a mano para hacer ver que el crecimiento cero de la población mundial es eventualmente inevitable<sup>17</sup>.

Lo que pasa es que los países desarrollados están ahora experimentando un descenso de la fecundidad sin precedentes y a tan gran escala que van de Kaa no ha dudado en incluirlo en un nuevo esquema teórico que llama «segunda transición demográfica»<sup>18</sup>. Así como la primera se vió acompañada de grandes procesos modernizadores como la industrialización, la urbanización y la secularización, la segunda debe su impulso original a la emergencia de nuevos valores y a la vigencia de normas que han legitimado el control de la población por sus efectos beneficiosos sobre su crecimiento y sobre el bienestar de la familia.

---

<sup>16</sup> John R. Gillis, Louise A. Tilly y David Levine: «The quiet revolution», en J. R. Gillis, L. Tilly y D. Levine, *The European Experience of Declining Fertility, 1850-1970*, Blackwell, Cambridge, Mass, 1992, p. 8.

<sup>17</sup> Simon Szreter: «The Idea of Demographic Transition and the Study of Fertility Change: A critical intellectual history», *Population and Development Review*, vol. 19, núm. 4, Diciembre 1993, pp. 659-701.

<sup>18</sup> D. J. van de Kaa: «Europe's second demographic transition» *Population Bulletin*, vol. 42, núm. 1, marzo de 1987. Un año antes R. Lesthaeghe y D. J. van de Kaa habían publicado un artículo en holandés titulado «¿Dos transiciones demográficas?».

Aparece sobre todo como un fenómeno cuyas dimensiones principales son estructurales, culturales y tecnológicas. La primera comprende el conjunto de cambios que da lugar a la sociedad postindustrial o Estado de bienestar, en los que se alteran las posiciones de las principales unidades, desde los sindicatos hasta los individuos, pasando por las clases sociales y la familia. La segunda se identifica con la revolución silenciosa en los valores tan aptamente estudiada por Inglehart<sup>19</sup> que pone el acento en el triunfo personal, en el individualismo, en el igualitarismo y en el racionalismo, componiendo una combinación inseparable de actitudes en el hombre actual. Finalmente, los avances tecnológicos que tienen que ver con la rapidez y universalidad de las comunicaciones y la fiabilidad de los anticonceptivos se encuentran entre los más decisivos de nuestra época, por situarse en las fronteras de las investigaciones biológica y electrónica que son en la actualidad las más relevantes.

Como indica van de Kaa, los efectos demográficos de estos cambios en la estructura, en la cultura y en la tecnología, no solamente están interrelacionados sino que apuntan hacia una misma dirección, ya que reducen «el papel y la influencia de los grupos secundarios, ... el contexto institucional y el modelo mental de la familia y de la pareja y empujan a los individuos a buscar su autorrealización y a perseguir necesidades de orden superior»<sup>20</sup>. A juicio del mismo autor, este marco tridimensional es útil para entender la relación que existe entre fecundidad, nupcialidad, mortalidad y migración, porque permite ver que los procesos de cambio no son independientes los unos de los otros y porque explica las diferencias demográficas entre los países europeos occidentales y orientales.

## UNA MIRADA AL FUTURO

Planteadas así las cosas, cabe para terminar decir brevemente algo sobre lo que nos espera en el próximo cuarto de siglo aproximadamente. Para ello me serviré de los datos esquemáticos que se presentan en el Cuadro 1 y de algunas ideas expresadas por Dumont<sup>21</sup> refiriéndose a tres escenarios posibles. El primero consiste sencillamente en la prolongación de las tendencias actuales, dejándolas enteramente sometidas a la «lógica implacable de las leyes demográficas». Las generaciones que sólo se renuevan parcialmente acaban por extinguirse y así sucederá por inercia en Europa si no se actúa en absoluto. Primero llega el envejecimien-

---

<sup>19</sup> R. Inglehart: *The Silent Revolution: changing values and political styles among Western publics*, Princeton University Press, Princeton, 1977.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 114.

<sup>21</sup> Gérard-François Dumont: «Evolution des populations et avenir de l'Europe», *Les cahiers de l'Université Libre de Saint Germain en Laye et de sa région* núm.2, 1991.

to, a él le sigue su acentuación y despues vienen la contracción de la población y la desaparición. Bourgeois-Pichat<sup>22</sup> ha calculado cómo puede pasar esto: la población de la Europa subfecunda que será de 1.300 millones de habitantes en 2025, disminuirá hasta 774 millones en 2100 y 100 millones en 2200 y desaparecerá definitivamente en 2400. Antes, la vieja Europa se habrá convertido en una Europa de viejos.

Un segundo escenario requeriría cambios de conducta muy considerables. La reunificación alemana puede alentar a medio plazo una voluntad de vivir que haga que las corrientes migratorias del Este al Oeste se interrumpan y que la gente prefiera disfrutar de las ventajas de un nivel de vida elevado en sus propios países y hasta atraer a sus ciudadanos emigrados, o a una parte de ellos al menos.

Situación diferente es la que contempla el camino a seguir por el actual equilibrio demográfico entre el Norte y el Sur del Mediterráneo. La tasa de crecimiento de la población es tan diferente en ambas riberas que el Magreb podría contar con más de 100 millones de habitantes en 2025, que superarían a los del Este de Europa, excluidas Alemania Oriental y la ex Unión Soviética.

El porvenir, pues, depende en Europa del crecimiento natural o de la inmigración, esta última siempre portadora de un mayor o menor grado de heterogeneidad cultural. La verdad es que nuestra situación se nos aparece como una encrucijada llena de riesgos de equivocarse. Vista objetivamente, nada impediría la recuperación de la tasa de natalidad hasta el nivel de sustitución de las generaciones o de crecimiento cero, según se prefiera. Es decir, volver a la dinámica de la primera transición demográfica. Más aún, los datos parecen señalar que esa será la dirección que se seguirá, porque los europeos coincidimos en valorar a la familia por encima de todas las demás instituciones, porque entre nosotros se desean más hijos que los que se tienen y porque si bien el matrimonio es ahora más inestable, los vínculos paterno-filiales siguen siendo fuertes y más todavía los materno-filiales. De hecho, el fulcro del porvenir de la familia, y yo diría que de nuestros países, lo controla la mujer y de cómo ella encaje los cambios que ha experimentado, provocado, disfrutado o padecido en el siglo xx van a depender sin ningún género de dudas nuestra civilización y nuestras vidas.

Pero no todo está perdido para la familia. Algunos autores como Touraine<sup>23</sup> han puesto de relieve que, además de diferencias, en nuestro continente existen hoy rasgos compartidos por los países europeos occidentales: «el retroceso del Estado tutelar, la liberación de la vida privada y la debilidad de los actores sociales del cambio». El movimiento homogeneizador dentro de la diversidad que

---

<sup>22</sup> Jean Bourgeois-Pichat: «Du xx au xxi siècle: L'Europe et sa population apres l'an 2000», *Population* XXXXIII, 1, enero-febrero 1988, pp. 9-44.

<sup>23</sup> Alain Touraine: «Existe-t-il encore une société française?», *La Revue Tocqueville*. 1990, pp. 143-171.

esta preñando entre los jóvenes puede conducir en un plazo no muy lejano a una aproximación de modelos. Hasta se percibe una revalorización de los valores religiosos, siquiera sea bajo la forma de expansión de los integristas, como sucede en Estados Unidos y en algunos otros países.

Por otro lado, los cambios dependen ahora principalmente de las actitudes, porque en materia de natalidad poco pueden influir ya un aumento en la participación femenina o una mejora de la tecnología de los anticonceptivos. En este sentido, son sumamente dignos de ser observados con atención la recuperación de la fecundidad de los países nórdicos, así como los movimientos en defensa de la vida y en contra del aborto que están levantando su voz y que deben ser interpretados teniendo presente que la familia no es un sistema independiente de la sociedad global y que existe correspondencia entre la economía contemporánea y los modelos familiares vigentes.

De todos modos, nadie piense que la renovación puede consistir en una simple vuelta al pasado, porque de los datos que he utilizado en este trabajo se deduce más bien otra conclusión, en la cual coincido con Roussel: que aunque la orientación general siga siendo la misma, se aprecia visiblemente que se está ya tomando conciencia de todas las implicaciones del sistema y en particular de la necesidad de sustituir los controles externos por un sentido más agudo de la responsabilidad personal<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Louis Roussel: «La famille en Europe Occidentale...», citado, pp. 146-150.

### Cuadro 1

#### POBLACION DE EUROPA, 1994-2025

	<i>Europa</i>	<i>Europa Septentrional</i>	<i>Europa Occidental</i>	<i>Europa Oriental</i>	<i>Europa Meridional</i>
Población 1994 (millones)	728	94	118	310	144
Tasa de natalidad	12	13	11	11	11
Tasa de mortalidad	11	11	10	12	9
Crecimiento natural	0,1	0,2	0,1	-0,1	0,2
Años para duplicarse	1.025	280	495	—	438
Población en el 2010	738	98	180	310	150
Población en el 2025	731	101	175	306	148
Tasa de mortalidad infantil	11	7	6	16	11
Tasa total de fecundidad	1,6	1,8	1,5	1,6	1,4
Grupo < 15	20	20	18	22	19
Grupo + 65	13	15	15	11	13
Esperanza de vida	73	76	76	69	76
— Hombres	60	73	73	64	73
— Mujeres	77	79	80	74	79
Porcentaje urbano	73	86	81	68	63
Producto nacional bruto per capita	11,990	18,190	22,970	2,250	15,850

Fuente: Population Reference Bureau: *World Population Data Sheet 1994*.

